

El dueño de la política exterior española

Lunes, 6 de diciembre de 1937

Hecha toda reserva de las consideraciones debidas y guardadas hacia esa ciencia oculta, y en algunos capítulos dudosamente seria, que se llama el protocolo, me atreveré sin embargo a decir que se equivoca con respecto a España. Añadiré que ese lamentable error radica en las causas que prolongan y avivan la guerra civil, y amenazan la paz del mundo. Existen sin duda otras causas, tales como el fanatismo ideológico y la aplicación abominable y revoltosa del materialismo histórico.

Pero sin desconocer la influencia de esas causas, hay que comentar otra más eficaz. Por deformación profesional en los diplomáticos de carrera, o por la torpeza a veces incurable de algunos diplomáticos ocasionales, casi todos creen que hay y que basta asegurarse en España un gobierno cliente o mediatizado, lleno de reconocimientos para los proveedores de materiales o para los contingentes de soldados recibidos, y ello con el objetivo de convertirse en dueño de la política española. Frente a esas opiniones, sostengo que no basta en absoluto en España, para dominarla o para llevarla por la vía de aventuras internacionales, el tener un gobierno dócilmente impuesto, o fanáticamente amigo, e incluso llegado el caso podríamos prescindir de él.

El atrevimiento de mi afirmación, contra la opinión de los técnicos, exige ser demostrada con ayuda de un recortado resumen histórico, que nos recordará la lección de más de dos siglos, que mira a la historia de España y de Francia.

Guerra de sucesión. El triunfo de Luis XIV y de Felipe V no se debió más que al testamento de Carlos II, por muy conforme que estuviese con el orden de sucesión fijado en el código de las «Partidas». Francia lo obtuvo entonces porque la mayor parte de España, de Bilbao a Cádiz, de La Coruña hasta Cartagena, prefirió tomar ese partido contrariamente a las regiones del nordeste, que eligieron la causa austriaca: pero el pueblo español fue siempre el mismo, haciendo su elección, y eso por razones de política exterior. Del lado castellano, ya estábamos cansados de luchar por asuntos concernientes a una

decepcionante hegemonía ya caducada. Las regiones del Levante que luchaban contra Francia, primero en el sur de Francia y después en suelo italiano, querían aún resistir; no olvidemos que la herida o la pérdida del «Rosellón», que iba a reaparecer casi un siglo más tarde, estaba entonces completamente fresca. Teniendo en cuenta que la unidad nacional, que el egoísmo de la monarquía no había querido saldar, amenazó con romperse. La guerra general europea estuvo acompañada por otra guerra civil española, ésta más profunda y duradera que aquella, hasta tal punto que cuando todo el mundo estaba de acuerdo en Utrech, Cataluña resistía aún con la fuerza combinada de Francia y del resto de España.

Guerra de la Independencia. Napoleón se apodera de toda la dinastía española. Es el dueño absoluto. Pero no tiene más que príncipes despreciables y felones, comensales molestos y costosos. El verdadero poder de España se le escapa. Es el pueblo, sometido a la monarquía absoluta más envilecedora el que parece haberlo agotado —como a la muerte de Carlos II—, quien dirigía su política exterior.

Unos delegados asturianos inician una alianza con Inglaterra, que la regencia y las Cortes ratificarían en Cádiz. Pasamos sobre el mal recuerdo del Cabo de S. Vicente, Trafalgar y Tenerife. Olvidamos Nelson para aclamar a Wellington, que se convertirá en el duque de Ciudad Rodrigo.

Guerra franco-alemana. Aprovechando los orígenes de ésta, se quiso asociar al pueblo español a la lucha contra Francia; pero se mantuvo neutral. Se le halaga inútilmente, ofreciéndole el papel de accionista de una victoria. No duda, aunque la causa prusiana esté ayudada en los asuntos extranjeros por un gran abogado, tan convencido de su éxito que se le olvida su raíz francesa y sus antepasados españoles «afrancesados». Se quiso explicar esa resistencia española de entonces por el esfuerzo personal de Prim, el dirigente del momento, que estaba seguro de la victoria del ejército francés al que admiraba, y que había conocido de cerca en Francia y en Méjico. Pero Prim vivió bastante tiempo después para comprender el fallo de sus cálculos; y fue asesinado antes de finalizar la guerra, sin que resultara de ello una variación en la actitud de España. Hay, pues, una doble demostración de una voluntad nacional opuesta a la lucha, incluso representada por generaciones criadas y educadas por aquellas que habían hecho y sufrido la guerra de la Independencia.

Gran guerra. Los poderes oficiales, los partidos políticos, eran entonces partidarios de la intervención en la proporción, o en la mayoría aplastante, de nueve décimas. Pero fue nuevamente inútil ofrecer al pueblo el papel de accio -

nista de una victoria, ésta más segura desde el primer momento. Se hizo un llamamiento a nombres sonoros: Tánger, los Santos lugares. Todo fue inútil. Preferimos el papel de aliviar los sufrimientos de todos los combatientes. Y el pueblo estaba tan convencido de que su voluntad sería respetada que dejó gobernar a los partidarios más resueltos de la intervención. La confianza popular estaba fundada. Encontramos la prueba en un curioso diálogo que el azar me permitió escuchar el 6 de septiembre de 1916. Era en el momento de las aplastantes ofensivas rusas... y los partidarios españoles de la intervención decían que era necesario, para iniciar el ensayo, entrenar al pueblo español, tener en España a Broussilov con todo su ejército.

Las verdades históricas exactas que acabo de recordar pueden ser resumidas así: el pueblo español, que a menudo no es dueño de su política interior, impone él solo la política exterior. Es una paradoja, pero es una verdad que muestra la débil y precaria ventaja de tener un gobierno cliente o amigo.

Cuando se le dice al mundo que para hacer una guerra eventual hay un acuerdo con Downing Street, el Hotel Matignon o el Quai d'Orsay, la Wilhelmstrasse, el Kremlin, o antaño la Ballplatz, -incluso con el Palacio Chighi o la Consulta- decimos algo que tranquiliza o inquieta. Pero cuando se dice que hay un acuerdo para la aventura guerrera con la Plaza de Santa Cruz -que es la residencia habitual de la política exterior española- no diríamos nada si el acuerdo no es ratificado por las otras plazas de cada ciudad e incluso de cada pueblo.